

DEL CÓDIGO AL SISTEMA ALFABÉTICO

Jean Marie Klinkenberg (2006) se refiere al código desde tres perspectivas. La primera de ellas hace alusión al código como un lugar de negociación que se revela en el proceso de comunicación. El autor afirma que el código no se materializa de una sola forma; es decir, en un proceso comunicativo no hay solo un código, por el contrario, múltiples códigos participan de este espacio. Señala el mismo Klinkenberg (2006) que “la comunicación sirve para modificar el conjunto de datos de que el participante dispone y, por tanto, la organización de los signos en su código” (p. 59). Además, el código se debe a los signos y su convencionalización propicia los procesos comunicativos.

La segunda perspectiva declara que el código resulta de un entrelazamiento de mensajes; para ello, cita varios ejemplos: el cine, la tira cómica, el teatro; “el cine se hace con imágenes —lo que postula un código que llamaremos *icónico*—, de relatos —que hubiesen podido manifestarse en la tira cómica o la novela, indiferentemente—, de palabras, de música, etc.” (p. 59). Lo anterior lleva al autor a indicar que el código es consecuencia de un vínculo de mensajes que buscan la mejor forma de expresarse en aras de favorecer el proceso comunicativo. Entre tanto, la multiplicidad de códigos supone contemplar las redundancias que, intracódicas o intercódicas, se empiezan a hacer visibles en un discurso pluricódigo involucrando la tipografía.

En la tercera perspectiva se refiere a los códigos a partir de características como débil, provisorio e, incluso, fragmentario; es débil por cuanto puede cambiar con el tiempo, es decir, se podría transformar; es provisorio si su uso se da de forma temporal; y es fragmentario debido a que solo algunos significantes se asocian con una pequeña parte del universo del contenido, esto es, que se tendría de manera parcial.

De cualquier forma, aunque acogiendo estas perspectivas, los códigos están constituidos de signos y estos se articulan mediante sistemas; tanto signos como sistemas se relacionan a partir de un principio de oposición que valida al uno o al otro. Resulta, entonces, que los sistemas se definen desde los planos *significante* o de la expresión —aquello que es visible, tangible— y de *significado* o contenido —la idea con la que se asocia—, mientras que las relaciones entre los signos se pueden definir como sigue: “el valor de un

elemento depende de las relaciones que mantiene con los otros elementos (sean físicos o conceptuales)” (Klinkenberg, 2006, p. 131).

Con este desarrollo conceptual podemos considerar, para el caso que nos interesa, que un alfabeto, como conjunto de signos que posibilitan la transmisión de un mensaje, es un código; y el valor de sus signos se da por el principio de oposición, cumpliendo de alguna manera con la definición de lugar de negociación al materializarse visual y auditivamente, y ser común a un determinado número de personas.

En este escenario, el principio de oposición es complejo al poner en juego múltiples caracteres que, siendo diferentes unos de otros, validan el sentido que juntos tienen: “un alfabeto es una serie de signos —las letras— sobre las que existe un consenso cultural para que sirvan como representación de sonidos específicos” (Kane, 2011, p. 16). Se entiende también al alfabeto como el resultado de un entrelazamiento de mensajes, pues lo que se quiere decir a través de la letra es posible a partir de su dimensión lingüística, pero también de su dimensión visual (Pérez, 2011). El alfabeto, en su materialidad, termina entonces siendo un sistema que al asociarse con un significado da origen al código; en este sentido, podemos hablar de un sistema alfabético.

Estas consideraciones se pueden ver reflejadas en el alfabeto entendido como un código y, como consecuencia, en el signo que parte de un alfabeto, es decir, el carácter tipográfico. Joep Pohlen (2011) encuentra el origen de estos signos en los dibujos hallados en Francia en las cuevas de Lascaux, los cuales evolucionaron hasta el nacimiento de los sistemas de escritura y al alfabeto como hoy lo conocemos. De dichos hallazgos resulta el hecho de que “los inicios del registro de la comunicación verbal coinciden con el nacimiento de la imagen y de la escritura” (p. 10). Este asunto cobra importancia en este momento, dado que la escritura y, posteriormente, la tipografía serán el mecanismo de representación de la lengua.

A partir de lo expuesto, el objetivo del primer ejercicio radica en invitar al estudiante a reconocer las características de un código alfabético en el que se refleja una unidad plástica lograda por las similitudes de proporción, grosor, color y otros aspectos morfológicos como se evidencia en las figuras 1-3.

Figura 3. Sistema alfabético en grietas de piso, 2017.
Fuente: archivo de clase docente Natalia Pérez Peña.

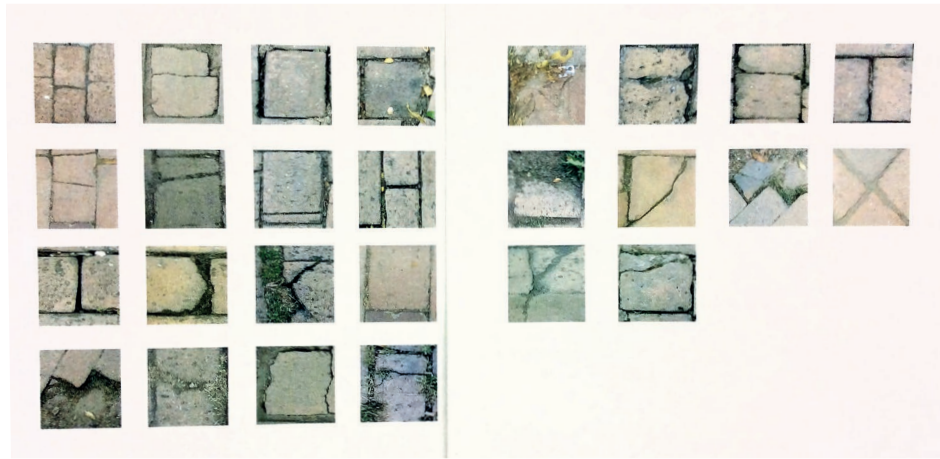


Figura 2. Sistema alfabético en alimentos, 2016.
Fuente: archivo de clase docente Natalia Pérez Peña.



Figura 1. Sistema alfabético en arquitectura, 2016.
Fuente: archivo de clase docente Natalia Pérez Peña.



